



Investigación participante

Necesario es reconocer que si a lo largo de la historia ha existido la preocupación por conocer, mejorar y transformar la educación, el hecho educativo y en sí mismo el proceso enseñanza-aprendizaje; es justo en la investigación participante un tipo de metodología cualitativa que tiene la capacidad de transformación y de cambio de la realidad social, objetivo que caracteriza, justifica y constituye su razón de ser a partir de buscar respuestas y plantear pasos, involucrando a todos los actores, para lograr esas metas escolares y educativas.

El tema de la investigación participante ha aparecido con gran pujanza en los últimos tiempos debido a una serie de circunstancias históricas que han proporcionado un gran caldo de cultivo para que se desarrolle rápidamente y más aún en las ciencias sociales, ya que parte de recoger el problema o la materia que ha de ser pensada y por tanto investigada, siendo este uno de sus ejes fundamentales ya que concibe la premisa que sustenta que la sociedad humana acumula no solamente los conocimientos científicos sino también el pensamiento que determina el proceso de evolución, ya que los valores, tradiciones, costumbres como la formación académica, de investigación y profesional influyen el hecho y/o acto estudiado.

Además de proporcionar insumos para reflexionar sobre la praxis, asunto interesante ya que en el campo docente el profesor reclama cada día más tiempo, formación y posibilidades de sistematizar su quehacer propio.

En este sentido, muchos nos hemos preguntado y nos preguntamos, ¿puedo mejorar el trabajo que desempeño?, ¿se puede investigar sobre la praxis cotidiana?, ¿hasta que punto reflexionar sobre la propia acción puede contribuir a mejorar?, estas preguntas son objeto de estudio de la investigación participativa; ya que refiere una relación que articula investigación social y acción, justificando que el avance del conocimiento y la ciencia esta estrechamente unido al desarrollo humano.

Este tipo de investigación en educación esta ligada a modelos de investigación emancipatoria, naciendo de análisis colectivos y participativos que la comunidad realiza de las acciones y las necesidades con que se encuentra. Se identifica como sus rasgos distintivos:

- a) su conocimiento colectivo**
- b) su proceso sistemático y**
- c) su utilidad social**

Estos y otros elementos serán abordados a fin de reconocer en la investigación participante una posibilidad de cubrir las demandas sociales que a la escuela se le han planteado, se le siguen planteando y que en la medida de lo posible tiene que resolver en un lapso de tiempo casi inmediato.



INVESTIGACIÓN-ACCIÓN PARTICIPANTE

La investigación acción participante nace de las preguntas que alguna vez nos hacemos todos sobre el sentido de nuestro trabajo, de nuestra vida y, en el caso de los estudiosos y los académicos, de la investigación.

¿Para qué hacer investigación social?, ¿a qué grupos de población sirve nuestro trabajo?, ¿qué sentido tiene lo que hacemos? A principios de los años 60, el paradigma de investigación que predomina está basado en el empirismo y el positivismo. Es científico sólo lo que se puede cuantificar, dicen muchos maestros. Lo que no es científico, no es objetivo, deducen. De la manera que se aplican y con el marco teórico que los sustenta, estos enfoques prevalecientes en las ciencias sociales no contribuyen significativamente a un análisis social adecuado. Menos aún en las condiciones de América Latina. Aquí, donde las necesidades son tan patentes y tan urgentes de resolver, cada vez más estudiosos de la sociedad hacen una autocrítica de su trabajo y de su papel como intelectuales.

Las investigaciones que realizan son caras; los resultados de éstas, muy limitados, se convierten en reportes que circulan en las universidades o en la alta burocracia, y la mayoría acaban archivadas después de leerse en algún congreso y/o publicarse en alguna revista especializada. No tienen mayor trascendencia social. Ni revolucionan teóricamente ni llegan a grupos sociales más amplios. Aquéllos a quienes el investigador investigó permanecen al margen de la investigación; no se ven beneficiados por ella.

En pocas palabras, los estudios de las ciencias sociales no parecen conducir ni a un conocimiento más profundo ni al mejoramiento de vida de las sociedades. Al menos con la velocidad que los investigadores quisieran, y que las necesidades sociales exigen. Un ejemplo de este fracaso son las tesis desarrollistas, tan en boga en los años 50 y 60. De acuerdo con ellas, los llamados países subdesarrollados debían modernizarse, adoptar nuevas técnicas tener una mentalidad emprendedora y estar abiertos al cambio, para salir adelante, para que el país creciera económicamente y se desarrollara. El crecimiento económico era el índice de desarrollo de un país. ¿Cómo hacer que los campesinos quieran modernizarse? Aquí entraron los investigadores. Hacían estudios, diagnósticos, pronósticos, planes de acción, evaluaciones.

Todo como parte de una estrategia de difusión de innovaciones con objeto de introducir las modificaciones pertinentes (para el proyecto desarrollista) en la cultura campesina. Prácticamente toda Latinoamérica entró en esta dinámica de Alianza para el progreso, gestada desde los países del norte. Para salir de la miseria, había que ser como los de arriba. Por diversas razones, los planes de modernizar y desarrollar fueron un fracaso. Al igual que los de concienciar a la gente sobre su papel revolucionario. Al fin y al cabo, los pueblos tienen sus modos, sus culturas, y una inercia que les impele a no salirse del camino y a preferir lo conocido, por regular que esto sea.

Estamos en las décadas de 1950 y 1960. Fueron los años que desembocaron en la revolución verde (introducción de semillas mejoradas con las que los campesinos obtendrían mejores cosechas, pero que requerían de muchísimos insumos y tierras de riesgo: un tremendo fracaso), años de



campañas de esterilización masculina en la India, a cambio de un aparato de radio; el estructural funcionalismo como paradigma de la investigación en ciencias sociales, la difusión de concepciones como la de que nuestro país estaba en vías de desarrollo (cunado una comparación entre las variables del desarrollo –aún entendiéndolo sólo en términos económicos nos muestra lo contrario), etcétera. Todo para modernizar al llamado tercer mundo. No funcionó. Remitimos al lector que desee profundizar en estos antecedentes a los textos de Joao Bosco Pinto, Ezequiel Ander Egg, Antón de Schutter, Humberto Barquera y Sylvia Schemelkes, que trabajan sobre el marco histórico y el contexto en el que nace la investigación acción participativa.

La Investigación Acción Participativa (IAP) surgió opuesta a este modelo vertical de investigación, desarrollo y modernización que se nos intentaba imponer. “A diferencia de la pretensión histórica de negar la cultura popular para cimentar el poder de una clase, del Estado, o de una cultura que se considera superior, en la investigación participante se busca crear las condiciones para un análisis profundo que rescate los elementos valiosos de la cultura popular. No sólo con el fin de conservarlos, sino para que, basándose en ellos, seguir creando formas propias de acción que expresen sus valores, opciones políticas y de desarrollo.

Otro hecho que contribuyó al surgimiento de la IAP en Latinoamérica se refiere a la politización creciente en los ámbitos académicos universitarios. Se cayó en la cuenta de que cualquier praxis social –incluida, por supuesto, la investigación– es una praxis política. La politización trajo consigo también actitudes populistas. Como señalan Barreix y Castillejos hubo entre algunos investigadores sociales la tendencia a modificar concepciones desarrollistas introduciendo abundante terminología marxista, pero sin profundizar en el conocimiento de los procesos concretos, por lo que se cayó en un verbalismo estéril.

La IAP surge también como respuesta al vacío existente entre la actividad académica del investigador, los intereses políticos o económicos de la institución o empresa que contrata a éste, y la población, en especial los pobres, los marginados, las mayorías. ¿Qué puede hacer el investigador que se siente comprometido con esas mayorías marginadas de ese desarrollo y pobres?, ¿qué objeto puede tener un estudio si no lleva a transformar la realidad social para hacerla mas justa, más equilibrada, mejor? Las estrategias clásicas de investigación y promoción para el desarrollo habían fracasado. No se podía llegar a una población a imponerle modos de vida distintos; de nada servía (se concluía) hacer diagnósticos y encuestas para supuestamente descubrir lo que la gente quería o pensaba. Entre lo que se siente y se vive y lo que se le dice a ese extraño que llega a formularnos una serie de preguntas cuyas respuestas anota en una hoja, hay un gran techo. Debía cuestionarse desde el principio el concepto mismo de desarrollo, la relación con las comunidades y la actitud de investigadores y promotores. Algo hacía falta. Frente al concepto de desarrollismo y el paradigma de ciencias sociales que lo respalda, surgen en los años 60, además de la IAP, otras críticas y propuestas teóricas alternativas.

Aparece todo un cuestionamiento sobre la concepción de desarrollo, educación, progreso, en donde se considera que la variable económica no es más la única ni la principal a tomarse en cuenta en los procesos de desarrollo de los países. Es necesario trabajar más sobre las variables



culturales. De ahí nace el concepto de calidad de vida, que significa no cuánto dinero y cuántas cosas tienes, sino qué tan bien (en todos sentidos) vives.

De modo que un habitante de Cuetzalan puede tener mejor calidad de vida que una familia de clase media de Torreón. Paralelas a las variables culturales, comienzan a tomarse en cuenta las variables ambientales, y aparece entonces la idea de desarrollo sustentable. Es sustentable un proceso de desarrollo cuando “satisface las necesidades de la generación presente sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer sus propias necesidades”. Este enfoque pretende integrar las dimensiones ambiental, cultural y económica de lo social. Asume que, en cuanto al desarrollo de un país, ha de hacerse énfasis en la equidad, el uso de los recursos (sobre todo energéticos), la generación de desechos, los déficit sociales en cuanto a necesidades básicas, la urgencia de una educación democrática y participante que permita la participación social de múltiples grupos y culturas.

En educación, la IAP viene a integrarse también con algunos movimientos de educación de adultos. La IAP nace América Latina en los 60, íntimamente ligada con la educación de adultos. En Brasil, Paulo Freire ya había iniciado prácticas de educación popular como procesos dialógicos y dialécticos que partían de la realidad concreta para aprender y reflexionar sobre ella. El movimiento se extendió con rapidez a otros países. Educando y educador son, en la escuela de Freire, parte del mismo proceso en el que todos aprenden, y el aprendizaje tiene un sentido concreto y está integrado a la vida cotidiana del pueblo, a la toma de conciencia de su condición y a la posibilidad, entonces, de integrarse activamente a un proceso de cambio. Ya no se trata de que el investigador, el educador, el promotor social diseñe planes de desarrollo o de educación para el pueblo, sino de que se acerque y se deje tocar por él. El compromiso ya no es con un modelo de desarrollo (o desarrollismo), sino con la gente. ¿Quién es el pueblo?, ¿qué quiere?, ¿cómo piensa?, ¿cómo puedo contribuir yo, investigador, académico, universitario, a que mejore su calidad de vida? El investigador se asume como un humanista, como intelectual orgánico al servicio del pueblo, como socialista. Se nutre de las teorías del materialismo histórico y del marxismo. Concibe su actividad, también, como una práctica política que busca un cambio estructural que devenga en una mayor justicia e igualdad.

No pocas veces estas premisas lo hacen sentir mesiánico, lo cual obnubila la posibilidad de conocer de modo objetivo al pueblo y limita su acción efectiva. Encontramos, así, desde los que intentan del pueblo una toma de conciencia de su condición de explotados que los lleve a una praxis política generalmente partidaria y hacen investigación militante, hasta quienes, con una visión diferente, buscan lo mismo a través del proceso de IAP, que parten de lo cotidiano y de las necesidades sentidas de los grupos de población, los cuales intervienen desde el inicio del proyecto de IAP, y son beneficiarios a la vez que productores de conocimientos.

El investigador comparte con el pueblo, vive con el pueblo, se convierte en pueblo. Relación mayéutica en la que el educador –investigador se acepta y se asume también como educando, ofrece sus conocimientos y aprende en la práctica. Se da cuenta de que el otro (el pueblo) posee un saber y una cultura, parte de los cuales los años de explotación y miseria se encargaron de



enterrar en el silencio y en el subconsciente pero sin destruirla del todo. Esto exige una labor de reconstrucción, de verbalización. No podemos aprender más que lo que ya está en nosotros. Ese es un punto de partida. No sólo en Latinoamérica los investigadores comienzan a teorizar y practicar la investigación acción participativa. En 1977, nace una red de investigadores participativos, que comprende muchos países de los cinco continentes. Esta red existe aún. Con diversos resultados y más o menos precisión, para muchos investigadores y promotores sociales que trabajan en comunidades urbanas o rurales la IAP es una alternativa de la que hacen uso.

Los currículos de la carrera de pedagogía comprenden su estudio, y algunos investigadores de la comunicación también la practican y la promueven. Sin embargo, la investigación acción participante no ha tenido hasta ahora el impulso que corresponde a una metodología que quiere integrar ciencia con conocimiento popular, reflexión y acción, educación y transformación, etcétera. Tras una evolución muy rápida, parece haber entrado en una especie de receso. La investigación acción participante no tiene como objetivo principal hacer teoría, y los investigadores en la acción parecen no tener tiempo para sistematizar con su trabajo, sino algunas reflexiones teóricas que conduzcan a un avance de esta metodología en este sentido.

Un trabajo reciente de Bertha Salinas Amescua da cuenta del estado actual de la IAP en México, en cuanto al número de estudios, tipo de instituciones en los que se realizan, temáticas y enfoques, y concluye señalando la necesidad de “difundir y socializar los cambios recorridos por los equipos promotores (para) evitar así el que con frecuencia otros empiecen de cero.” Hay que añadir a esto que la investigación acción participante es muy adecuada en los procesos de autoafirmación de los grupos y educación popular permanente hacia un mayor poder (o control) colectivo sobre los recursos y el gobierno de mismos.

Vio Grossi define a la investigación acción participante como un enfoque mediante el que se pretende la plena participación de la comunidad en el análisis de su propia realidad, con objeto de promover la transformación social o para beneficio de los participantes de la investigación a nivel de la comunidad. Es una actividad educativa, de investigación y de acción social. Por su parte, Bosco Pinto contempla tres momentos de la realidad que han de analizarse con la metodología de la investigación acción participativa: los procesos objetivos, las formas como las personas y grupos perciben estos procesos, y las experiencias que tienen en torno a ellos.

Hemos dicho que la característica principal de la metodología de investigación acción participante es que sirva directamente a los intereses del universo que se estudia. El investigador que hace uso de la IAP trabaja para y con las personas involucradas en la problemática objeto de estudio. En las decisiones sobre los objetivos e hipótesis, la aplicación de técnicas e instrumentos y en general en todo o la mayoría del proceso, incluyendo por supuesto resultados, propuestas y acciones a seguir, interviene la comunidad o el grupo, es decir, lo que sería el objeto de la investigación. No se investiga a alguien; se investiga con alguien. Las personas que participan en la investigación son también aquéllas a quienes se va a investigar, y los beneficiarios directos de la investigación. Esto en términos epistemológicos significa que la problemática de la relación sujeto-objeto, que para



otros tipos de estudios es aguda e irresoluble, en la investigación acción participante está matizada, menguada, incluso obviada por esta característica.

El objeto de investigación no sólo no es lejano al sujeto, en parte (o completamente) es incluso él mismo. Y además, es un sujeto-objeto colectivo. Más aún, podríamos decir que en la IAP no hay objetos de estudio se trata de que todos sean sujetos, parte activa, viva, consciente y reflexiva de un proceso de conocimiento intersubjetivo. El proceso de conocimiento científico, como lo ha definido la ciencia positiva, posee un conjunto de postulados que lo delimitan, y que excluyen las reflexiones sobre el sentido de este conocimiento; es decir el ¿para qué? Y el ¿por qué? Ese es tema de la filosofía, la política, la charla de café y la subjetividad de estudiosos y legos, pero no de la ciencia. Tales preguntas no tienen una respuesta científica; la ciencia clásica no tiene (parafraseando a Edgar Morin) conciencia.

Esto ha llevado a situaciones muy graves, como la de que “los poderes creados por la actividad científica escapen totalmente a los propios científicos” y a la gente común, y se encuentren en manos de ideólogos, políticos y bancos de datos. “El conocimiento del conocimiento científico comporta necesariamente una dimensión reflexiva. Esta dimensión reflexiva ya no debe ser remitida a la filosofía; debe proceder del interior del mundo científico. Sería mejor tender hacia una concepción enriquecida y transformada de la ciencia (la cual evoluciona, como todas las cosas vivientes y humanas) en la que se establezca la comunicación entre objetos y sujeto” Morin también critica que actualmente “el saber ya no está hecho para ser pensado, reflexionado, meditado, discutido por los seres humanos para aclarar su visión del mundo y su acción en el mundo, sino que es producido para ser almacenado en los bancos de datos y ser manipulado por las potencias anónimas.” Frente a esto, propone “resistir a los poderes que no conocen límites y que ya en una gran parte de la tierra amordazan y controlan todos los conocimientos, salvo el conocimiento científico técnicamente utilizable por ellos, porque éste, precisamente, está ciego para con sus actividades y su papel en la sociedad, ciego para con sus responsabilidades humanas.” La IAP incluye la necesidad de pluralizar el conocimiento, de establecer un diálogo entre el saber popular y la práctica y la teoría científica, de reflexionarlo, de que se asume como parte de un proceso para transformar la realidad desde los actores sociales. En este sentido, tiene una vocación profundamente democrática, y escapa a los límites que fija la ciencia positiva.

La IAP, a diferencia de otras metodologías, incluye en el proceso de investigación su por qué y para qué; su sentido y objetivo: la transformación con miras a un mejoramiento de la calidad de vida; con miras a que una colectividad tenga mayor control y autogestión sobre si misma. El conocimiento y la información otorgan poder a quien los posee y los sabe usar. La IAP es un proceso dentro de procesos más amplios: históricos y de transformación política, socioeconómica, sociocultural. Hacemos investigación porque ésta nos ayudará a tener la claridad y la precisión para actuar colectivamente de forma más eficaz y caminar hacia donde deseamos. Y aquí no confundamos la IAP con la investigación aplicada, porque la primera, como dijimos, exige la participación consciente, reflexiva y activa de los destinatarios y destinadores de la investigación, en tanto que la segunda no. La investigación acción participante propone integrar conocimiento popular y conocimiento científico, está abierta a cualquier tipo de percepción de la realidad y de



las prácticas sociales todo puede ser sujeto de análisis y reflexión. Sólo entendiendo y aprehendiendo el conocimiento popular con toda su complejidad podemos acceder al conocimiento científico de lo social, y “lograr un conocimiento preciso y relevante de los hechos y procesos concretos.” Pudiera parecer ocioso que una organización popular decida hacer IAP. No suele serlo. Más bien, lo contrario. Estoy segura de que las organizaciones se evitarían muchos problemas si hacen de esta metodología parte de su trabajo cotidiano. Qué obtiene una comunidad o un grupo al trabajar con la investigación participativa? Primero, mayor claridad y precisión en el conocimiento de sus problemas; segundo, menor margen de error al actuar para transformar su realidad; tercero, mayor eficacia al llevar a cabo esas acciones (porque se conoce más y mejor la problemática); cuarto, aprendizaje de técnicas, estrategias, procesos de conocimiento científico; quinto, aprendizaje de una manera más objetiva y más democrática de percibir el mundo, el entorno, a los demás y a uno mismo.

La IAP se alimenta a sí misma en el sentido de que una acción transformadora lleva a más investigación. De tal manera que el estudio y la reflexión sobre la realidad llega a ser parte constitutiva de los grupos, organizaciones y comunidades que la practican. Forma parte de un proceso de educación permanente. La IAP es, además, intrínsecamente una investigación de la comunicación, puesto que incluye necesariamente la reflexión, el diálogo y el consenso y la acción colectiva constantes, y trabaja, por tanto, con relaciones (estructurales, intersubjetivas, causales, históricamente determinadas, pero a la vez constructoras del sujeto social, interculturales, intraculturales, etcétera). En la investigación acción participante no se estudian los problemas por separado sino en su dimensión interrelacional e histórica.

En la técnica y la metodología el investigador es la autoridad que se pone al servicio de la comunidad en una opción no sólo ideológica sino también metodológica y política (la opción por el pueblo, por las mayorías). En lo que se refiere a buena parte de la información y el conocimiento popular, éstos están en manos de la colectividad (sean o no conscientes y explícitos). Ella es la autoridad en la materia. Hay entonces una relación de complementariedad con una finalidad común. Se participa, se investiga y se actúa para generar las condiciones que posibiliten una transformación estructural. La participación colectiva significa una toma de poder y un aprendizaje para la democracia.

Aquí nos encontramos de nuevo con un problema epistemológico que no vamos a discutir en este texto, porque no es motivo de él, además de que merece una larga reflexión en otro lado: el de la democracia y los procesos y las formas de democratización. Este concepto pertenece al mismo paradigma que los de participación política, progreso integral, comunicación, diálogo, paz, integración (vs. marginación) etcétera. No hay democracia si no hay información y participación. La participación implica influir en el proceso en que se participa. Una política de participación incluye el respeto por la diferencia y la diversidad, la tolerancia, la descentralización del poder, la autogestión y cogestión, el uso de tecnologías apropiadas, el concepto de sustentabilidad y otros más que van sobre este camino. Todo esto, al mismo tiempo que se aprenden prácticas horizontales de relación.



La investigación acción participante en un “proceso educativo y de autoformación donde los participantes descubren su realidad y las características de sus problemas inmediatos, y proponen alternativas para solucionarlos.” La investigación acción participativa, como metodología y proceso de conocimiento, tiene muchos problemas que resolver y sobre los cuales reflexionar. Uno de ellos es la relación entre teoría y práctica, entre reflexión y acción. Demasiada acción lleva a un activismo; reflexión sin acción, conduce a un verbalismo.

Vio Grossi ha descrito la tensión permanente del IAP entre el proceso de generación del conocimiento y el uso de este conocimiento, entre el mundo académico y teórico, y el mundo real concreto, entre los intelectuales y la llamada gente común, entre la ciencia y la vida, la teoría y la práctica. El investigador tiene que acercarse a la comunidad y trabajar con ella, pero también alejarse para ver el conjunto, y para eventualmente contribuir a formular teorías explicativas de la realidad social. Tiene la obligación de mantener los criterios científicos de precisión y objetividad. Ha de tener la sensibilidad para percibir cuáles pueden ser los procedimientos y técnicas más adecuadas para cada tipo de problemas; ha de saber en qué marcos teóricos ubicarse para analizar e interpretar, según el proceso y la problemática sobre la que el grupo reflexione y actúe en un momento dado.

El investigador participativo crea investigación, sintetiza demandas, verbaliza problemas y los traduce, como traduce enunciados científicos a lenguaje popular, haciéndolos sencillos, pero no simples. Esto es un reto y un problema sobre el que hay que trabajar más. La IAP adquiere su sentido y significado en la acción colectiva y transformadora. Conocemos al actuar y reflexionar sobre nuestra realidad. Requiere de una organización de base y de un trabajo colectivo permanente. No suele ser una investigación que necesite hacer uso de grandes erogaciones económicas; sus recursos fuertes son humanos, no intenta simplificar la realidad, sino tomarla en su complejidad con los instrumentos de la ciencia, es objetiva en tanto intersubjetiva. No pretende ser neutra; nace directamente comprometida con las causas populares.

Considera que la neutralidad en ciencias sociales (otra problemática epistemológica con tintes políticos) es una ilusión para eludir reconocer la vinculación de la investigación con el poder (hegemónico). Considera también que la objetividad no es ni remotamente sinónimo de neutralidad. Quien trabaja una estrategia de investigación acción participante se da cuenta de que es falso que sólo los académicos que manejan técnicas y métodos de investigación rigurosos puedan llevar a cabo descubrimientos objetivos (en este momento recuerdo, por ejemplo, las aportaciones crecientes de aficionados a la astronomía; las de los jardineros europeos hace uno, dos o tres siglos, que eran verdaderos botánicos y entomólogos; las de los literatos que con gran precisión y agudeza describen y recrean fenómenos sociales, y, por supuesto, la sabiduría popular, etcétera).



La investigación acción participante otorga a quienes la practican una sensibilidad cada vez mayor para ver lo que a simple vista no se ve, lo que se oculta detrás de lo aparente. La investigación te da un modo de relacionarse con el mundo y con los demás; se torna una forma de vida; aprendes a preguntar, a cuestionar, a ponerte en el lugar del otro; a acercarte al objeto y objetivo de lo que pretendes lograr; a maravillarte, a utilizar la intuición, a analizar y sintetizar, a verbalizar, a tener más claridad, etcétera. Esto se logra, por supuesto, en mayor o menor medida, con el ejercicio de muchos tipos de investigación.

Lo importante es que la práctica de la investigación participante excede el ámbito académico para ofrecer y otorgar estos beneficios a las colectividades que la practican. En este sentido, tiene una vocación profundamente democrática.